**K.**

Yo escribía para la revista Volcánica, y como que siempre teníamos como interlocutora a Catalina Ruiz Navarro que es mi editora. Martín puenteó esa interlocución por Twitter, siempre como en una muy buena tónica un trato como muy halagador de las fotos y del físico, también cierta coquetería, bueno, esa es una constante entre los varones heterocis y la relación coqueta con una persona a mí no es algo que me sea ajeno. También una menciones muy constantes de cuestiones sexuales, que a mí no me pareció raro en su momento, porque yo escribo específicamente de sexualidad, pero que puesto en contexto parece que eran sugerencias de otra cosa y de otro orden. Y un constante halago laboral y profesionales, constante: “¡qué bien que escribes, ¡qué maravillosa que eres!”. Lo vi solo una vez en Medellín, en 2019, fue muy insistente con el tema de que fuéramos a bailar, y yo no quise ir, porque supiera algún antecedente, sino que teniendo en cuenta cómo se comportan los varones heterocis en ciertas situaciones preferí evitar esa clase de ámbito para un diálogo, porque me pareció que muy probablemente iba a generar un momento en el que yo me iba a sentir muy incómoda teniéndole que decir que no. Para mí en un momento fue muy claro que esa era la situación en la que nos iba a poner un contexto como el baile, así que dije que no. Después lo vi al otro día para desayunar y hubo todo un presentarme gente, una ponderación absoluta de sí mismo en un ámbito como el Festival Gabo y de crecerse, y además no lo leí yo en ese momento como una demostración de poder, pero me parece que en su contexto es una clara demostración de poder. Algo que, sin este antecedente y sin ciertas herramientas feministas que dan la posibilidad de decir: “no me voy a poner en una situación en la que me sienta acorralada e incómoda, entonces no voy a ir a bailar salsa”, pero para mí era bastante claro que sin yo marginarme de los espacios quizás iba a estar en una situación incómoda.